

colaboración con don Federico, y recuerdo cómo aquél, sin andarse con rodeos, me indicó que a su juicio éste se sentía, al contrario que él mismo, más a gusto en *Razón Española*, revista liberal-conservadora, aunque sin complejos, dirigida por la mano maestra de Gonzalo Fernández de la Mora y en la que yo también colaboraba y sigo colaborando, que en *Verbo*, por el contrario de orientación tradicionalista aunque amplia. Justo lo contrario de otro sacerdote del Opus Dei, también de la primera hora, también catedrático y también historiador, aunque del derecho, don José Orlandis, sobrino del gran padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús, inspirador y curador de la revista *Cristiandad* de Barcelona. Curiosamente los cerebros del Opus pensaron en Orlandis, también de orientación tradicionalista, aunque menos implicado en el carlismo, quizá por haber pasado su familia al «integrismo», para desempeñar el puesto ante Juan Carlos para el que finalmente fue preferido don Federico. Lo cierto es que Suárez Verdeguer nunca escribió en *Verbo*. Con todo, yo siempre mantuve con él el trato fluido y cordial, y le hacía llegar nuestras publicaciones, que él cambiaba generosamente con algunas de las suyas. A veces nos veíamos con motivo de alguna visita de Federico o Alexandra Wilhelmsen. También, como solía confesar en la iglesia del Espíritu Santo, la iglesia del Consejo de Investigaciones Científicas, y en ella organizamos las misas en el aniversario de Elías de Tejada, según el rito romano tradicional, recuerdo haberle saludado en tales ocasiones.

Fruto de su labor sacerdotal son una serie de libros de espiritualidad, bien escritos y llenos de buen sentido, traducidos a innumerables lenguas y vendidos por decenas de miles de ejemplares. Como de su quehacer universitario, esponjado en la madurez, proceden otros libros de ensayos, bien interesantes, tales como *La honradez intelectual y otros ensayos* (1988) o *Ensayos moderadamente polémicos* (2005). Fue precisamente de este libro, que tenía en cantera, y que creo que apareció póstumamente, del que hablamos la última vez que nos vimos, me parece que en el funeral de Álvaro d'Ors.

VÍCTOR EDUARDO ORDÓÑEZ

En los últimos días del mes de agosto y los primeros días del mes de septiembre de 2005, como cada año por esas fechas, el autor de esta nota, de paso por la capital del Río de la Plata, cumplía con la grata rutina, vieja y al tiempo siempre renovada, de reunirse con los amigos de longa data y procurar añadir siempre alguno más. De entre los primeros no podía faltar Víctor Eduardo Ordóñez. Infatigable escritor católico e hispánico. Con lo anterior casi estaría todo dicho. Nada menos. Y, para su gloria, me parece, casi nada más.

Le recuerdo bien, en uno de mis primeros viajes al Río de la Plata, hacia 1996, en una cena que Rafael Breide, el excelente director de la no menos excelente revista *Gladius*, tuvo la amabilidad de organizar en su casa. Una buena parte de los asistentes me eran ya conocidos y, por ende, apreciados: desde el padre Alfredo Sáenz, de la Compañía de Jesús, a Patricio Randle —uno de mis más antiguos y queridos amigos argentinos, desde cuando en los años ochenta pasó en Madrid un año sabático— y, creo, Félix Lamas. Al tiempo, sin embargo, tuve ocasión de conocer a Juan Silva, sobrino de Juan Carlos Goyeneche, de quien tanto oí hablar a Eugenio Vegas y de quien tanto sigue hablando Don Sixto de Borbón. Y a Víctor Eduardo Ordóñez.

Inmediatamente nos entendimos. Comenzó a escribirme a propósito de una de sus obsesiones, la necesidad de fundar una revista hispánica más que hispanista, lo que algunos años más tarde, en 2001, llevaríamos a término, con su dirección, por medio de un querido amigo, el editor Félix Della Costa, pero que por desgracia no ha terminado de asentarse hasta ahora, pues aunque en agosto de 2002 saliera un segundo número, cambiada la dirección a la profesora Elena Calderón de Cuervo, aunque conservada la orientación, desde entonces no ha vuelto a aparecer ningún nuevo «Cuaderno de Hispanidad», que es el subtítulo que lleva la revista *Maritornes*, título a lo que sé elegido por Antonio Caponnetto, y que a Rafael Gamba y a mí, ambos miembros del consejo editorial procedentes de este lado del mundo hispánico, no terminaba de gustarnos. En puridad, y sin hacer de menos a los demás colaboradores, el empuje procedió siempre de Félix Della Costa y de Víctor Ordóñez. Y es pena que no haya podido proseguir. Pena que llegaba al hondón del alma de nuestro amigo, hasta el punto de que durante los años siguientes a su estancamiento no lo dio todo por perdido, y siguió planeando primero la prolongación y, luego, buscando su eventual sustitución por otra. A este respecto no puedo dejar de recordar su caballerosidad acreditada, pues aunque una serie de incidentes habían ensombrecido la relación con el editor, ante mi insistencia renunció a promover su deseada nueva revista, a la espera de que pudieran resolverse favorablemente las dificultades. Por tener tenía hasta el título, hermosísimo, y un equipo de colaboradores recogido a lo largo de toda una vida de apostolado intelectual. Todavía en esa entrevista de primeros de septiembre accedió a darme una nueva prórroga antes de lanzarse al ruedo. Lo recuerdo con emoción, pues pocos días después me llegaba la noticia de su fallecimiento, el 19 de septiembre exactamente.

En el editorial de ese primer número de *Maritornes* comparecen algunas de sus ideas-fuerza, casi obsesiones: «A contestarlo (el interrogante de qué sea la Hispanidad), a descifrar esa realidad, a actualizar sus posibilidades, a retomar sus signos y a elaborar un proyecto histórico —que quiere decir, antes que nada, cultural, esto es religioso pues hemos sido redimidos por el Hijo según nos formó la gloriosa versión hispánica de la Cristiandad que añoramos como la tie-

rra prometida y perdida—, estará dedicada esta publicación (...). Reconstruir, pues, la cristiandad, pero la conocida que es la nuestra, la occidental y, más propiamente, la hispana, ubicada en los lindes de un territorio antes floreciente y que hoy yace inerme para el espíritu, insensible ante la verdad, cerrado a lo suprahistórico (...). Vínculo de unión, la publicación aspira a reflejar el pensamiento, las posturas, los proyectos, las iniciativas, las posibilidades de los grupos y personas que se contemplan como miembros de una Patria Grande que, recogida sobre sí —con añoranzas pero sin angustias, con premuras pero sin complejos, con síntesis pero sin confusiones— sienta la legitimidad y la necesidad de ser. Sin anular las Naciones que la integran, esa Patria mayor las contendrá y exaltará, dándoles en un pluralismo enriquecedor la substancia de la que están siendo vaciadas desde hace por lo menos doscientos años, esencia que es la hispanidad que está detrás y en su interior en una función tan histórica como ontológica».

Era abundante de pluma y de palabra. Hasta sus cartas tenían una extensión desmesurada, y en cada línea, como en cada palabra, se podía notar el temblor de la emoción y de la pasión. A este propósito recuerdo que me hizo llegar, y conservo en mi archivo, un cierto número de cartas dirigidas a personalidades del mundo católico tradicional e hispánico, con la intención de sumarlas a sus proyectos, siempre incluyentes y nunca excluyentes. Esa fue toda su vida, centrada en el periodismo, actividad en la que se inició en los años cincuenta en *Dinámica social*, le llevó a ser director de la *Verbo* argentina y prosiguió hasta el final en *La Nueva Provincia* o *Cabildo*. Hombre bueno, lo decía hasta con su rostro y su porte. De tejas abajo, lo echaremos de menos. Nos queda el consuelo de su insistencia ante el Altísimo por todos nosotros y por su amada Hispanidad. Descanse en paz.

ÁLVARO PACHECO SERÉ

El día de la Fiesta de Epifanía de 2006, el Presidente Juan María Bordaberry, amigo de quien escribe esta nota, y que sufre injustísima persecución, comunicaba a la agencia de noticias carlista FARO la triste del fallecimiento en la ciudad de San Felipe y San Juan de Montevideo, ciudad en la que había nacido en 1935, del doctor Álvaro Pacheco Seré, colaborador destacado suyo durante la época de su presidencia del Uruguay.

Jurista de vocación, cursó sus estudios de derecho, doctorándose en 1961 y profesando luego Derecho público, entre 1962 y 1968, en el *alma mater* de la capital de la Banda Oriental. Con posterioridad continuaría ejerciendo la docencia jurídica en institutos militares uruguayos. Autor de importantes